

Experiencias históricas

Luis Mariñas

Treinta y ocho años de trabajo en televisión es un cúmulo de historias y experiencias que se corresponden casi con el origen de esa caja que lo mismo se decía que estaba llena de utopías que se la calificaban de tonta. Creo, en contra de éstos últimos, que siempre ha estado cargada de ideas, de imaginación, de iniciativas, de grandes talentos, de capacidades para cumplir plenamente los tres objetivos básicos de entretener, divertir e informar. Recuerdo, personalmente, los inicios como reportero en Prado del Rey, la puesta en marcha de un programa informativo regional desde TVE en Galicia (antecedente de las televisiones autonómicas), la creación desde la nada de los informativos de Telecinco o el permanecer como el periodista que más informativos diarios ha dirigido y presentado en toda la historia de las televisiones en España. Es tal el cúmulo de hecho vividos que voy a recordar solo dos que pertenecen, con especial relieve, a la historia de la televisión: «El Debate Decisivo» y la entrevista a Saddam, pocos días antes de la primera Guerra del Golfo.

Aquél «Cara a Cara» entre Felipe González y José María Aznar fue, en términos de interés y audiencia, el programa informativo casi podíamos decir del siglo. En toda la década de los 90 no hubo ningún otro informativo que lo superara; el *record* ya está ahí para la historia. «El Debate Decisivo», celebrado en Telecinco el 31 de mayo de 1993, que tuve la fortuna de moderar, fue visto por una media de 10.524.000 espectadores, con un *share* medio del 75,4%. Superó en casi un millón de espectadores al que había tenido lugar una semana antes en Antena-3 TV. El enfrentamiento entre ambos líderes políticos, que comenzó a las 22.30 y finalizó a la 1,15 de la madrugada, alcanzó una «punta» de 13 millones de espectadores, con el 86,2% de la audiencia (algo que ni siquiera se produce con las campanadas de Nochevieja de TVE). Estos datos demuestran por sí solos, que en una campaña electoral no es posible prescindir de los «cara a cara»; otra cosa es que como no son obligatorios por Ley Electoral dependen exclusivamente de la disposi-

ción de los principales candidatos a presidir el gobierno de España. Esos efímeros debates significaron un avance y un triunfo en nuestro sistema democrático; prescindir de ellos supuso un claro retroceso. No es presentable eliminar un elemento esencial de información para que, finalmente, los ciudadanos tomen una decisión tanto más libre y soberana cuanto mejor documentada esté.

Los elementos técnicos para poder celebrar debates de éstas características fueron ya desbrozados entonces en unas agotadoras sesiones de trabajo en las que tuve la oportunidad histórica de intervenir. Es verdad que las fórmulas y formatos se pueden todavía mejorar; pero, en aquellas fechas, se discutió todo. En primer lugar quién era el moderador aceptado por ambas formaciones políticas; después, las características del decorado, la iluminación, si sería de pie o sentados, en éste último caso la altura de las mesas, el maquillaje, la posición de los contrincantes o la disposición de las cámaras con sus correspondientes planos... Largo y difícil fue llegar a un acuerdo. No obstante, la mayor polémica se estableció sobre las cuestiones que serían objeto del debate. Esto ocupó horas y horas de unas reuniones interminables que, de repente, se rompían abruptamente para volver a recomenzar al cabo de angustiosos minutos u horas. Así llegamos hasta la tarde (las 4 de la tarde concretamente) del mismo día en que se debía celebrar. Era tal la incertidumbre que, por si acaso, en Telecinco, teníamos preparados 4 programas: uno, por si se presentaba únicamente Aznar; otro, por si aparecía solo González; el tercero, por si no se presentaba ninguno de los dos y, el cuarto (como afortunadamente así fue) por si realmente se podía celebrar. El último gran escollo se centró en quién abría y quién cerraba los turnos de palabra. Se resolvió en un sorteo aceptado a regañadientes. La expectación fue tan enorme que ocurrió lo mismo que en los grandes acontecimientos deportivos; las grandes ciudades sin apenas circulación, como demostramos, en directo, con nuestras cámaras. Una vez más los ciudadanos pegados al televisor, en este caso en un programa sin antecedentes y que, lamentablemente, no tuvo continuación. Y digo ahora lo que dije entonces: que unas elecciones generales son, como siempre, la más importante y emocionante instancia de los hombres libres. Los debates son una oportunidad inmejorable para difundir y explicitar los logros de un gobierno y las alternativas de la oposición. Eso mismo no tiene ni el mismo eco o repercusión en ningún otro medio que no sea la televisión.

Por lo que se refiere a la entrevista con Saddam, en éste oficio hay un I+D+i fundamental (Iniciativa + Decisión + insistencia). Sólo así (y con fortuna) es posible conseguir una «exclusiva mundial», tal cual. La aplicación de esa fórmula me llevó a Bagdad, en 1991, quince días antes de que concluyera el ultimátum de los aliados contra Irak. Llegar hasta Saddam (ahora se escribe con una «d» para que suene a «Satán») fue toda una intensa y hasta peligrosa peripecia. El pequeño avión alquilado en el que viajé con el equipo tuvo que saltarse las prohibiciones de Estados Unidos de sobrevolar la zona; llegamos a perdernos en un desierto en el que cielo y tierra se confundían en un negro intenso y solo llegamos, sin ninguna señal por radio, al límite del combustible. Doce días estuvimos allí, hasta el punto que nos creyeron «escudos humanos»; llegamos a comer animales sacrificados del zoo de Bagdad. En el día previo de la Nochebuena, tras una larga y tensa espera, nos recibió en uno de sus palacios, con suelos de mármol y grifería de oro, donde parece que también había realizado su entrevista días antes Dan Radder, el de la CBS. Antes de la entrevista, espectaculares medidas de seguridad: carrera alocada en vehículos militares por una calle paralela al Tigris; palpación generosa a los miembros de mi equipo y obligación de lavarse manos y brazos hasta los codos con un extraño líquido blanco muy viscoso para evitar cualquier tipo de envenenamiento... Aparece Saddam, que aparenta ser enorme con su gorro de astracán y su abrigo de piel vuelta, pese a que fuera hace calor. Me saluda con gesto de cordialidad, pero su mirada es dura, penetrante y fría. El ambiente es acerado entre los taconazos y las reverencias de su séquito; todos con temor ante su líder, todos, hasta sus ministros, vestidos con uniformes militares. Estaba delante de mí el hombre que trató de compararse con Saladme, el caudillo árabe que trajo en jaque a los cruzados que pretendían tomar Jerusalén; el que quiso ser como Hamurabi, un rey legislador y guerrero. Saddam era un hombre que llegó a pensar 4.000 años después de Babilonia que era posible construir un poder cuya cúspide llegara hasta el cielo. Por eso cometió dos graves errores con intención de ser el gendarme del Golfo: desangrarse en una guerra con Irán e invadir Kuwait. Iniciamos la entrevista después de un largo preámbulo, los dos a solas con los traductores. En el set palaciego estamos rodeados por todo su séquito con uniformes verde oliva. Hablamos de su desaparición personal o de si Irak poseía armas de destrucción masiva. Le pregunto por Israel y responde: «Participe o no participe en esta guerra el primer misil que disparemos caerá en Tel

Aviv». Esta respuesta, bastante más extensa, aparece en la primera página de todos los periódicos del mundo y es portada de radios y televisiones. Empezó, entonces, la distribución de máscaras antigás entre la población israelí y, desde Estados Unidos, hubo que llevar con rapidez los misiles Patriot para defenderse ante los Scud. Lo que se llama una exclusiva mundial. El impacto fue tan enorme que hasta los servicios secretos israelíes me pidieron a la vuelta una copia original de la cinta, con la respuesta en árabe, para interpretar exactamente lo que quiso decir. El regreso fue otra peripecia. Llegamos a Madrid en el único avión que había logrado aterrizar en Bagdad tras el ultimátum de los aliados. Saddam no logró ser derrocado, como se sabe, hasta después de la II Guerra del Golfo.

Estos ejemplos pertenecen a un pasado difícil de recrear. Ahora, en los informativos se ensayan las estrategias de conquista de audiencia, como con cualquier otro tipo de programa. Cuando tal cosa se produce, es la perversión del concepto de información en aras del negocio y del servicio político. Eso no quiere decir, de ninguna manera, que los informativos pueden dejar de ser una fuente válida para el conocimiento del entorno de cada ciudadano. Sobre todo ahora cuando la información se mundializa.